

II

Pero Dios quería que el día siguiente fuera lo mismo. Nada podía venir de fuera á modificar sus vidas, ni siquiera una desgracia; y los manantiales interiores estaban ya exhaustos. Por las mañanas, en cuanto concluía la limpieza y el médico pasaba la visita, *El Coco*, que era entonces una monja joven, de carácter jovial, dejaba caer sobre la mesa un periódico; y todas las veces, invariablemente, ocurría lo mismo: Remigio, dando con su manaza arrugada en el hombro de don Manuel, le decía:

—Vamos, don Manuel, á saber del mundo.

Menos los dos viejos que, indiferentes, se quedaban sentados en el poyo de cualquier ventana, los demás seguían á don Manuel y á Remigio, y agrupando las sillas de hierro charolado en torno de la mesa, cada cual expresaba por dónde debía comenzar la lectura.

—A ver el artículo de fondo—decía Quico.

—Primero los ecos de sociedad—pedía Samuel.

—Los tribunales, los tribunales; hay que aprender de leyes—aconsejaba Juan.

Y Antoñito, pasándose por la frente la mano casi carcomida, decía siempre el último, con timidez:

—Lo mejor sería el folletín... si quieren ustedes.

Don Manuel se calaba las gafas de armadura antigua, cuidando de no lastimarse las llagas de las orejas, y respondía á todos:

Bah, no insistan ustedes... De cualquier manera hemos de leer hasta los anuncios...

Luego, con voz que se hacía un poco asmática en los párrafos largos, comenzaba por una sección distinta á la primera leída el día anterior; y así iba atendiendo las preferencias de todos, alternativamente.

El estigma igualitario de la lepra y la comunidad de vida sedentaria, habían concluido por darles ciertas semejanzas físicas. Todos eran gruesos, de andar torpe; y bajo el pelo cortado al rape, sólo el cráneo puntiagudo de Quico se diferenciaba de los otros. Hubiera sido preciso fijarse mucho para distinguir los ojos pardos y maliciosos de Juan, los melancólicos de don Manuel, los azules y hondos de Antoñito, que sugerían la idea de un cruzamiento de razas... Las llagas, las oscuras postillas, la carne envilecida y deforme, tendían á borrar las facciones, y excepto los dos viejos,

los demás aparentaban una edad indeterminada, imposible de diferenciar. Antoñito, con sus dos piernas cercenadas por la lepra y el cuerpo preso en un cajón que cuatro ruedas ayudaban á ir de un lado á otro, se parecía sin embargo á Remigio, hercúleo, todo hecho una lla-ga, semejante á un titán castigado por Dios; el cuello demasiado ancho en la base y las manos finas de Samuel, contrastaban con las manos tuberculosas en forma de garra, de Quico; don Manuel tenía el busto un poco encorvado y los labios tumefactos y belfos; las comisuras de la boca de Juan hundíanse dolorosamente, yendo á buscar las escrófulas del cuello; las canas amarillentas de uno de los viejos contrastaban también con el cráneo intonso del otro... Y á pesar de esto, las diferencias se anulaban por la multitud de semejanzas dolorosas: un vello blanquecino los cubría á todos; á primera vista hubiera sido difícil distinguirlos. La monja nueva, al entrar por primera vez en las galerías y sentir el hedor mezclado con olores desinfectantes, tuvo dentro de su capucha antiséptica y dentro de sus tocas—en el corazón—una impresión de angustia hermana de la que producen algunos paisajes dilatados y áridos. Al salir y pensar en el cuadro de dolor que dejaba detrás, no pudo recordar singularidades, ni siquiera el cajón con ruedas de Antoñito; parecíale que una plaga

de úlceras, de gangrenas, de gusanos, de irremediable podredumbre, había caído al acaso sobre los ocho hombres. Y comprendió de súbito la tristeza de aquellos seres que viniendo de caminos diversos habían concluido por parecerse, moldeados por un mismo dolor.

Y, sin embargo, ni aun allí la fuerza niveladora de la desdicha ante quien hasta la forma material parecía haber cedido, lograba extirpar las diferencias espirituales. ¿Por qué llamaban don Manuel al lector, en vez de tutearlo como hacían los demás entre sí? ¿Por qué no siendo en el hospital más que "otro leproso" conservaba vestigios de una distinción cuya causa y magnitud ignoraban los mismos que se la conferían? Don Manuel no era altivo, jamás trató de acentuar aquel respeto; pero, á diferencia de sus compañeros, que se habían contado innumerables veces sus historias, él callaba la suya y jamás, ni aun en las horas de confianza ó exaltación, aludía á hechos anteriores á su entrada en el asilo, como si su vida hubiera comenzado en las tapias que lo separaban del mundo, ó como si, mejor aún, hubiera su verdadera vida terminado allí. Uno de los dos viejos, el más antiguo de la casa, refirió en secreto á los otros la llegada de don Manuel; así como todos habían sido llevados por engaño ó por fuerza, sabiendo con anticipación los reclusos que iban á tener

un nuevo hermano de cautiverio, la llegada de don Manuel sorprendió á todos, incluso á *El Coco*, al practicante y á *El Verdugo*. Ingresó una mañana. Iba bien vestido; y durante algún tiempo el cartero llevó cartas para él. Como era la única vez que se habían recibido cartas en el hospital, el viejo se acordaba detalladamente: las cartas llegaban los sábados al medio día y venían en sobres azules... Pero un sábado la carta no llegó y don Manuel, paseándose intranquilo por la galería, acechó durante varios días al cartero, que pasaba de largo hacia el campamento. Transcurrieron dos semanas, la excitación de don Manuel era tan grande, que tenía frecuentes arrebatos de locura; insultaba al cartero desde las rejas, persiguiéndolo con sus denuestos de una en otra, hasta verlo desaparecer, y por las noches rasgaban el silencio del dormitorio sus airadas voces amenazando de muerte á quienes le robaban sus cartas. Las fiebres lo postraron largo tiempo; sufrió delirios que eran como insuficientes ventanas abiertas sobre un pasado cruel, y al volver de la enfermería tenía ya en la mirada y en los ademanes aquella indiferencia, aquella renunciación, aquella serenidad que le daba sobre todos los otros un signo de supremacía.

Porque los otros no habían renunciado: la ilusión aleteaba rebelde dentro de las miserias

carnes carcomidas. Había algo tristemente cómico en la sordidez del viejo de las canas amarillas, que guardaba celosamente, cosida á su jergón, una moneda de oro, que acaso no circulaba ya... Remigio, con su cerebro abolido tal vez por las llagas del cráneo, había llegado á pensar con el vientre, única parte libre de llagas en su cuerpo, y tenía de continuo hambre... Samuel no hubiera cambiado por nada su espejo, y el júbilo tumultuoso que le animaba cuando las pústulas de su cara, cual volcanes momentáneamente apagados, dejaban de supurar, permitiéndole creer que se encontraba guapo, era también pueril y triste. Samuel era el único que conservaba viva la sensualidad en el aislamiento y bajo el régimen austero de la casa; conocía de nombre á todas las damas y actrices citadas por los cronistas de salones, y en las noches de primavera, en sueños, las damas más virtuosas y las actrices más exigentes acudían á dar una limosna de amor al pobre leproso... Su pensamiento estaba siempre lleno de visiones femeninas: veía en sueños y en ensueños carnes tibias, carnes lechosas, carnes alabastrinas, carnes nacaradas, carnes turgentes en las que se insinuaba un vello sutil que las hacía parecer frutos humanos. Y cuando después de estos festines ponía los ojos en sí mismo, el espectáculo de su carne envilecida lo conmo-

vía hasta hacerle brotar las lágrimas. Quico, el gran Quico, tan sano espiritualmente á pesar de su lepra, tenía el romanticismo de la patria; execraba ó adoraba á los políticos al través de las interesadas mentiras de los periódicos, y cada vez que algún abogado, saltando en el trampolín de la elocuencia iba del bufete al Congreso, Quico lo acogía como á un "Mesías" de la cosa pública, y aseguraba que "aquél sí que iba á meter al país en vereda"... Juan era el inconforme, el discoloro, el que hablaba todavía de organizar una rebelión como la de antaño, y escribía de continuo quejas y denuncias; su espíritu malicioso permitiale sospechar los puntos vulnerables de la institución, y con instinto de curial iba tramando suposiciones, guardando argumentos acopiados dispersamente de un periódico en otro, para aplicarlos al caso concreto del hospital; su venganza consistía en repetir al *Verdugo* una frase de Molière despectiva para los médicos y aprendida nadie sabía dónde, y en decir blasfemias delante de la monja... El dulce Antónito hablaba tan poco, que hubiera sido difícil juzgarlo por sus palabras; era meticuloso, servicial, tierno; gustaba de pasar largos ratos solo, mirando el cielo ó el mar distantes. La realidad habíase mostrado tan dura con él, que prefería interesarse por los seres de quimera; los otros se burlaban porque, habiéndose for-

mado un mundo con los personajes de los folletines leídos en tantos años de reclusión, Antónito citaba sus palabras y hechos con cándida seriedad, igual que si fueran de seres vivos. El otro viejo no era nada ya: carne que se conforta al sol y rezuma los humores malignos, cuerpo que apenas gozaba del reposo del sueño, presintiendo el sueño interminable que pronto iba á regalarle la Muerte.

Desde hacía muchos años vivían juntos, y se sobrellevaban, se querían; si algunas veces reñían, era más bien por distraerse. La tarde en que la nueva hermana entró en el hospital ocurrió una disputa seria. Sor Eduvigis debía ser joven; no es que sus ojos relampagueantes tras la capucha, ni que su voz algo ceceante, ni que la presteza de sus movimientos permitieran asegurarlo; y a pesar de eso, por ese efluvio simpático que se exhala de los pocos años, al salir, después que el doctor la presentó á todos, la juventud de la monja fué lo único en que los leprosos se pusieron de acuerdo.

Don Manuel opinaba que la causa de aquella irritabilidad de las monjas anteriores era la vejez, pues no se avenían á soportar sobre sus propios achaques los de sus enfermos. Todos asintieron, pero Juan afirmó rotundo que la nueva hermana sería remolona y picajosa como la que acababa de irse,

y Samuel salió á contradecirle, afeándole el murmurar de ella sin haberla casi oído hablar.

—Tú tampoco la conoces, y ya la defientes—agregó Quico—; eso de que nos cuidará como á hermanos, lo dicen todas; es una especie de manifiesto electoral. Hay que ver luego lo que da de sí en el poder.

Sin querer, Antoñito encontró la disputa, diciendo:

—De todos, modos Samuel tiene razón: más vale suponerla buena.

—La primera vez que entre aquí, va á oír mis opiniones sobre toda la corte celestial, repuso ya rabioso Juan.

—Tú todo lo arreglas con palabrotas—concluyó Samuel.

Las manos de garra de Quico se crisparon un poco. Samuel había enrojecido, y en torno á sus pústulas casi secas, aparecieron de pronto amplificaciones moradas; Juan, apercibido en actitud felina, clavaba en Quico y en Samuel sus miradas oblicuas y péfidas; don Manuel quiso calmar los ánimos, y usando de su autoridad aconsejó:

—Lo mejor es dejarse de camorras y esperar. Si nos formamos en un solo día opinión, y riñen ustedes y hacen luego las paces, habremos agotado lo único que el nuevo *Coco* puede darnos: un motivo para varias conver-

saciones. Con atribuirle buen ó mal genio no vamos á mejorarla ni á empeorarla.

Poco antes de la hora de comer volvió á entrar la monja, y con mucho donaire comenzó á interrogar á todos y á interesarse por cada uno, preguntándoles sus nombres, sus pueblos, la época en que habían descubierto su enfermedad... Debían de haberle ya advertido que había un anticristo en la casa, porque al preguntar á don Manuel y ver el silencio ceñudo con que pagaba su interés, le dijo con risueña voz:

—Ya sé, ya sé... Nunca es tarde para acercarse á Dios, y yo estoy dispuesta á servirle de puente. ¿Que usted no quiere nada con santos, curas y monjas? Pues yo sí con usted. Verá cómo me tiene que dejar por imposible y cómo resultamos buenos amigos.

La equivocación hizo reír á todos. Samuel no pudo contenerse más y aclaró señalando á Juan:

—No es don Manuel quien se come los santos crudos, es éste.

Hubo un silencio que parecía hecho á la medida para que Juan colocara su ofrecida blasfemia; pero Juan se abstuvo y bajó los ojos. La monja, dándose cuenta del círculo de simpatía que se agrandaba en torno de ella, siguió:

—Y para que vean que yo también necesito

de ustedes, quiero empezar pidiéndoles un favor; sé que á todas las hermanas las llaman *El Coco* y yo, á la verdad... No es por presunción ni vanidad, que el Señor me libre; pero una servidora no desearía ser para sus hermanos enfermos lo que un espantajo para los niños.

Aquello era tan inesperado, que hubo un silencio de estupor; después de consultar á todos con la mirada, don Manuel preguntó en voz baja, molesto por oír castañetear los dientes de Juan:

—Usted nos dirá cuál es su gracia, hermana.

—El señor director lo ha dicho: sor Eduvigis.

Samuel y Antoñito repitieron: "sor Eduvigis", "sor Eduvigis". Quico lo dijo luego, y el nombre fué de boca en boca hasta ir á embostarse en el rincón donde rezongaban los dos viejos.

—¿Verdad que es usted joven, sor?—dijo de pronto Samuel ruborizándose.

—Así, así.

—No llega usted á los treinta, eso se ve.

—Que Dios le conserve la vista... Si soy joven, más años tendré para servir á los pobres... Ea, á comer. Mañana voy á traer libros para que se distraiga el que quiera.

Por la noche, en el dormitorio, se comentaron de cama á cama las amabilidades de la

nueva sor, y se decidió solemnemente no llamarla *El Coco*. Exaltándose con la esperanza de recibir un poco de afecto y de cuidado espiritual, la adoraban ya y le atribuían las cualidades que cada cual estimaba mejores:

—Ahora vamos á comer bien—decía Remigio.

—Ha dicho que va á traernos libros: serán novelas, afirmó Antoñito.

—¡Tan joven y ya metida entre nosotros! Sabe Dios qué desengaños... ¿verdad? suspiró Samuel.

—Tiene una voz que me recuerda á...

Era don Manuel quien había hablado, y todos se detuvieron un instante esperando en vano que la evocación se completara; después, Samuel no pudo dejar de decir:

—Y debe de ser bonita; tiene que serlo.

Juan, que los oía furioso, en silencio, se puso á roncar para que lo creyeran dormido.